

RESSENYES

ZIRIÓN QUIJANO, Antonio (2024)
Sobre el colorido de la vida y la fenomenología de lo inefable
Buenos Aires: Editorial Sb, 302 p.
ISBN 978-631-6593-08-5

Escribir sobre la inefabilidad desde una perspectiva fenomenológica o esbozar una «fenomenología de lo inefable», como reza el título del último libro del pensador mexicano Antonio Zirión Quijano, no puede ser una labor sin obstáculos, puesto que implica reconocer una tensión: el hiato entre la singularidad de la experiencia y la universalidad de su aprehensión conceptual y su expresión. No se trata, como se explicita, de lo *inefable* que resultó ser tan atractivo para algunas expresiones de la fenomenología, y sobre todo para aquellas que encontraron cierta inspiración en los seminarios heideggerianos de Zähringen. Zirión no levanta la mirada hacia un Absoluto, el Ser, la Vida —con mayúscula— o hacia una divinidad mística, sino que la dirige hacia la vida concreta en su complejidad por medio de uno de los más finos ejercicios actuales de descripción fenomenológica. Lo inefable es, como se lee en el capítulo 2, lo incomunicable, lo que late en el individuo y no puede ser conocido por otros, pero no por un motivo meramente práctico vinculado a la cuasiinfinitud de la cantidad de cosas vividas y captadas, sino por un motivo mucho más originario, que Zirión procura explicar a

lo largo de la obra y que puede atisbarse si se sigue la impactante descripción de varias páginas de extensión que el autor hace en este mismo capítulo de la experiencia que se tiene cuando se advierte «que una tortola ha echado a volar».

El proyecto que emprende el autor no puede ser saldado de un plumazo o en el marco de un proyecto o una estadía de investigación. Solo puede ser desplegado durante años de reflexión, revisión, crítica y autocritica y, fundamentalmente, en diálogo y comunidad fenomenológicos. En efecto, la obra de Zirión que aquí se reseña, *Sobre el colorido de la vida y la fenomenología de lo inefable* (Buenos Aires: Editorial Sb, 2024), cuenta con textos que van desde el año 2000 hasta el año de su publicación, y da cuenta de un movimiento de continua profundización, pero también de una *multifurcación* de la temática hacia otros territorios cercanos. La mayoría de esos textos fue primero presentada en eventos científico-filosóficos de diversa índole, en ocasiones con comentarios de otros especialistas, y luego publicada en revistas académicas. Que muchos de los textos hayan sido pensados para su exposición en coloquios y congresos es un valor agregado de este

libro. La franqueza, la transparencia, la espontaneidad son elementos que corresponde agradecer cuando se trata de entender «qué es esto del colorido». El único capítulo completamente inédito, el doceavo y último, fue especialmente escrito para esta publicación y recapitula la historia y la evolución de la investigación, respondiendo a réplicas de colegas sobre el tema del colorido de la vida y ofreciendo además la comprensión más actual del mencionado tema, la cual promete aun un interesante capítulo en los lúcidos exámenes de Zirión. Estos se sitúan, por cierto, «casi en completa consonancia» con el pensamiento de Edmund Husserl, pero también entran en contacto (muchas veces críticamente) con la filosofía de Moritz Geiger, Maurice Merleau-Ponty, Ernst Bloch y el *focusing* psicoterapéutico de Eugene T. Gendlin. Asimismo, pueden rastrearse referencias a otras disciplinas que pueden beneficiarse del desarrollo del concepto de colorido y de otros conceptos que emergen de él, como las ciencias de la educación, la sociología, la teoría política, la psicología, etc. A continuación, se presentarán las principales líneas de indagación con algo más de detalle, siguiendo más una ordenación temática que de aparición de los capítulos, aunque tomando en consideración los cambios y los avances que pueden advertirse en el pensamiento del profesor mexicano.

Que la fenomenología es una teoría del sentido es una tesis ya defendida, y el mismo Edmund Husserl lo ha dejado asentado en *Meditaciones cartesianas*: el comienzo de una verdadera fenomenología es la experiencia pura, y su labor es dejar que exprese puramente su sentido propio. Esta indagación, la que se pregunta por el lugar del lenguaje y el de la expresividad, articula y recorre varios de los capítulos que componen el volumen. En el capítulo 1, «El sentido sin el lenguaje y la tarea de la fenomenología», se presenta un interesante contrapunto entre la com-

prensión merleau-pontiana que asocia el sentido con el lenguaje y la postulación husseriana acerca de la posibilidad de una experiencia antepredicativa. Para Zirión, es el sentido lo que nos rodea, no el lenguaje, y «la tarea de la fenomenología es la exploración de esta red de sentido en toda su complejidad, en su íntegra genealogía, en sus múltiples jerarquías y dimensiones, y también en su legalidad» (p. 23). Sin embargo, esto no implica ignorar la importancia ni el valor de la fenomenología para la filosofía del lenguaje. Particularmente, en los capítulos 8 y 9 se retoman algunas consideraciones de *Ideas I* que pueden matizar la crítica a menudo oída acerca del «olvido del lenguaje» en la fenomenología. Lo que, a los ojos del autor, debe entenderse como el aporte de la fenomenología para la comprensión del lenguaje es la de una *crítica de la razón* que capte sus fines, su alcance y su sentido, en la medida en que, como dice Husserl, «jamás pueden reflejarse en la expresión todas las particularidades de lo expresado» (p. 127). Es decir, no se trata de echar por tierra el lenguaje como tal, sino de reconocer que lo expresado por el lenguaje refleja solo el núcleo noemático actual constituido por la vivencia y que, incluso «después del lenguaje», la vida transcurre cabe el lenguaje de modo inefable.

Una mención especial merece el capítulo 6, titulado «El lenguaje de la fenomenología y la fenomenología del lenguaje: Avances en el proyecto del Diccionario Husserl», pues allí logran atisbarse los fundamentos y las principales motivaciones de uno de los proyectos más ambiciosos y útiles para la fenomenología hispanoparlante que emprendió el traductor de *Ideas II*: el desarrollo de un diccionario que ofrece una orientación segura para hallar definiciones de términos husserlianos que el mismo filósofo moravo proporcionó en sus obras y manuscritos. Este proyecto, hermano del *Glosario-guía para traducir a Husserl*,

tiene como objetivo específico el ayudar a hablar *trascendentalés* al estudiante medio, es decir, aliviar «la tensión entre la experiencia que hay que describir y el lenguaje con el cual el fenomenólogo intenta describirla» (p. 99).

Ahora bien, naturalmente que el núcleo fundamental de la obra aquí reseñada consiste en la descripción y la problematización de la inefabilidad de la experiencia vivida que Zirión conceptualiza como el «colorido de la vida». Son cinco los capítulos del libro que presentan la progresión de su investigación en torno a dicho concepto. En el primero, cuya escritura original data de 2002, el autor presenta su primera aproximación: con el «colorido» mienta la manera en la cual las experiencias o los momentos de la vida adquieren una cierta textura, color, sabor, según la combinación compleja de sus múltiples ingredientes, como si cada uno de ellos fuese un hilo que compusiera el colorido de la urdimbre del tejido total de la situación vivida. Los ejemplos que da el autor pertenecen a la vida ordinaria: el colorido de la infancia, de un sueño o de un viaje. En todos estos casos, se trata de la impresión (o estampa, como lo formulará años más tarde) que ha dejado determinado momento, la cual, por lo general, se vive inadvertidamente y solo se hace manifiesta retrospectivamente y en función del contraste con otro momento (la infancia con la adultez, el sueño con la vigilia y el viaje con el retorno a la rutina). En este momento de sus investigaciones, Zirión sostiene que el fenómeno del colorido tiene que entenderse como un fenómeno de tipo afectivo, no equiparable, sin embargo, a un estado de ánimo —pues no se trata de cómo se siente uno, sino de cómo sentimos el mundo—, ni a una atmósfera afectiva —pues esta tiene una base colectiva, mientras que el colorido es absolutamente individual e incompatible.

Sí parece haber una familiaridad más clara, aunque no una coincidencia total,

entre el colorido y el resplandor de la afectividad, lo que en muchos textos husserlianos, célebremente en la quinta investigación lógica, aparece como *Schimmer*. Este llamativo fenómeno es abordado por Zirión en 2007 y en este volumen figura como capítulo séptimo («El resplandor de la afectividad»). Para definirlo, el autor da muestras de un profundo conocimiento de la filosofía de Husserl y de Moritz Geiger, y concluye que lo característico del resplandor es el peculiar efecto que ejerce sobre los objetos que nos rodean. Algunos ejemplos clásicos que da el mismo Husserl son el resplandor rosado que adopta un suceso alegre o la coloración gris u oscura que toma un acontecimiento desgraciado. El décimo capítulo avanza en una delimitación de tipo indirecta del colorido, realizando una depuración de los conceptos de coloración afectiva y de temple de ánimo, sobre todo a la luz de los *Estudios sobre la estructura de la conciencia*, hoy compilados en el volumen XLIII de la serie «Husseriana».

El capítulo 11 («Avances sobre el tema del colorido de la vida», presentado originalmente en 2016), y el capítulo 12 («Qué es eso del colorido de la vida. Recapitulación y respuestas», de 2024) presentan los lineamientos de la comprensión más actual en torno al colorido de la vida. El primero muestra un corrimiento explícito: desde la fenomenología de la afectividad hacia lo que se puede llamar *fenomenología de la autoconciencia* o *fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Poniendo el foco en el concepto de impresión como el ahora de la conciencia, Zirión afirma que en ella se da una síntesis peculiar de distintos componentes de carácter dóxico, emotivo o volitivo, con sus respectivos halos u horizontes de inactualidades. Cada impresión comprendida como configuración peculiar o como «momento figural» es siempre diferente de cualquier otra vivencia plena y concreta. Aquel concepto de

«momento figural», derivado de *Philosophie der Arithmetik* (*Filosofía de la aritmética*), de Husserl, es una cuasicualidad e ilustra lo que ahora el filósofo mexicano entiende por colorido, aunque aclara: su meta es menos analizar las capas y los funcionamientos de las síntesis que están a la base del colorido, que describir el resultado mismo de dichas síntesis, la composición vivencial como tal. ¿Dónde queda en la nueva interpretación aquella relevancia puesta en la vida afectiva? La dimensión afectiva tiene lugar como parte del colorido, pero no es la que determina el colorido, aunque, admite, existe una relación de tipo dialéctico. Por un lado, los templos de ánimo y los resplandores afectivos *transfiguran* el colorido del mundo, dándole el tono con el que ya de por sí se presenta. Pero, por otro lado, el colorido *modula* la manera en la que me encuentro anímicamente.

Una de las distinciones más novedosas del onceavo capítulo es la que se traza entre los elementos de primer plano y los de segundo plano, así como la caracterización de la implicación entre ambos planos. Mientras que los primeros detentan una *franca asequibilidad preteórica y prerreflexiva* (tenemos una captación inmediata del mundo externo en el que nos encontramos, su escena, y a la vez de lo que estamos viviendo en tanto propio, como pensamientos, sentimientos, habilidades, decisiones, estados de ánimo, etc.), los segundos carecen de ella. En este plano secundario, el autor coloca a todo lo que está en la «oscuridad», coimplicado por una estructura horizontica: el plano de lo inconsciente, lo pasivo y lo olvidado. Ninguna reseña podría realmente mostrar con justeza la riqueza de estos análisis ni lo sugerente de la comparación con el fotomosaico de un gato. Por ese motivo, no puede más que recomendarse enfáticamente la lectura del libro para comprender cómo el colorido se condensa en una estampa unificada y resiste así, a su modo, el proceso reten-

cional, pues, al ser evocado, puede igualmente volver a desplegarse, tal y como sucede en el célebre relato proustiano, también muchas veces aludido en el libro, de la magdalena siendo remojada en la taza de té.

El último capítulo es una de las gemas de este libro, no solo por su carácter inédito, sino también por la capacidad que muestra Zirión para leer y revisar su propia interpretación, ofreciendo un repaso histórico de los sucesivos intentos por apresar y definir el colorido, así como concienzudas y dedicadas respuestas a las réplicas y a los comentarios de destacados colegas, como Roberto Walton, Luis Rabanaque e Ignacio Quepons. En esos diálogos fenomenológicos, el autor aclara también aspectos intrincados y polémicos, como por ejemplo la persistencia de la elección del concepto de colorido para aquello que ya no puede entenderse como «coloración» ni como afectivo, la dificultad consistente en captar y describir el colorido presente, en cuanto este suele darse retrospectivamente y por medio de un contraste, o las complicaciones que emergen cuando se intenta delimitar un colorido y separarlo de otros.

Es entonces la cuestión del método la que presenta las mayores dificultades, pero la que parece cobrar una gran relevancia cuando se trata de vincular la conciencia interna del tiempo con el contenido de la vida y sus asociaciones. Sin embargo, ¿cómo es posible para la fenomenología enfocarse en el momento vivido si, como dice Bloch, «al pie del faro no hay luz»? Atisbos, no sistemáticos pero sí sugerentes, de dicha cuestión se advierten, llamativamente, en dos capítulos que aparecen una marginalidad con respecto a la obra. Me refiero aquí a los capítulos 4 («El enfocamiento (*focusing*) y la fenomenología») y 5 («Tolerancia y confianza»), en donde Zirión establece un diálogo con algunos principios de la técnica terapéutica del *focusing* que

desarrolló Eugene T. Gendlin. En el primero de estos capítulos, Zirión toma el concepto de «sentido vivido» (*felt sense*) que acuña Gendlin para mostrar que estamos siempre en relativa oscuridad ante nuestra propia experiencia y que un enfocamiento fenomenológico permitiría explicitarla. Este tratamiento se complementa con el que tiene lugar en el capítulo 5, donde Zirión hace alusión a la actitud no temática de confianza que puede entablarse con otra persona. Ella necesita de una *pausa*, una suerte de *epojé* en la que se suspenden todos los prejuicios y los contenidos problemáticos, instalándose la tolerancia como principio de apertura.

Para concluir, es preciso resaltar que cuando Zirión enuncia su actual interpretación sostiene que la vida en su colorido alude a «la plenitud entera de la concreción de las vivencias de la concien-

cia» (p. 195). En muchos de los capítulos se hace referencia a la noción de *fenomenología concreta*, nombre en verdad que abrevia el de un programa de investigación que Zirión denomina «fenomenología de la vida en concreción», tal como queda claro en la primera página del prefacio y en el último capítulo. Esta fenomenología implicaría aunar o *complicar* las distintas esferas que se han transformado en objetos particulares en el camino de especialización y esquematización del método: la sensación, la corporalidad, el lenguaje, la acción, la horizontalidad, la intersubjetividad, la normalidad o la anormalidad del mundo circundante, etc. Pues la vida es necesariamente concreta y lo que a menudo le quita su concreción son los enfoques, las perspectivas que llevan adelante una vivisección o una abstracción de la experiencia tal como es vivida.

Micaela Szeftel

Universidad Nacional de General Sarmiento
<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1699>



© de la autora